



AYER Y HOY



N.º 38

Noviembre - Dicbre. 1953



APUNTES DE LA CIUDAD

EL TAJO EN TOLEDO

Por ENRIQUE VERA

Río caudaloso y profundo, tan cantado en magníficas estrofas por los grandes poetas de todas las épocas, ensalzado por ilustres literatos y pintado por eminentes artistas, poco va quedando de tu majestuosidad señera y arrogante. Tus orillas, en las que se levantaban esbeltos, nudosos e irregulares álamos blancos de tono plateado, tan acordes con la gama de grises de la ciudad. Aquellas arboledas de Safont, del Barco del Pasaje y de la Peraleda, que fueron el mejor motivo para las églogas de los poetas renacentistas, para el llanto sutil de Garcilaso. Márgenes del río donde se reflejaba la pintoresca Casa del Diamantista, que una arrolladora crecida malogró, ocasionando su destrozo, nota discordante en la vista de la ciudad que se contempla desde la Virgen del Valle; casa que debieran reconstruir, para bien de la estética de Toledo, ya que estas notas típicas y emotivas tienen tanta importancia urbana como lo pueda tener cualquier edificio de mayor categoría.

Aquellos Molinos de los Chorros, junto al Puente de Alcántara, con sus casitas de galería con balastrada de madera y aleros volados. La Incurnia y las Tenerías, con sus batanes y su conjunto de caserío, que tan felizmente tuvieron la dicha de captar el ilustre artista Arredondo y otro pintor, tan amado e inolvidable para mí, que se desvi-

vieron por conservar y enaltecer la ciudad. En la orilla opuesta, frente por frente a este conjunto de edificaciones, construídas con un sentido popular de belleza, donde colgaban al sol las pieles y las mantas dando una nota de color de entonado cromatismo, se encontraban los Molinos de la Vieja, tan recogidos en su soledad, molturando poco a poco, casi sin ruido, el grano que portaban de la Sagra borriquillos escuálidos y carros más o menos desvencijados, y de Polán o Gálvez, carretas de ruedas chirriantes, tirados por grandotes, canchinos y acompasados bueyes.

Estos Molinos de la Vieja, de traza humilde, pero muy sugestiva, portento de dibujo y de color, con su torreta sencilla de ventanal alto, en el que aparecía algunas noches el molinero con su vetusto candil, como personaje de nacimiento.



Todo esto, tan toledano y tan sugerente, desapareció del reflejo de tus aguas; todo se perdió, como también las murallas y los palacios que dibujaban rielando en la corriente, a modo de nota veneciana, que el «Greco» contempló con la nostalgia de sus primeros años juveniles, cuando pintaba en la ciudad de los canales. Todo ha desaparecido irremisiblemente, sin beneficio para nadie y en detrimento del carácter y singular fisonomía de la ciudad.

Hubo una época en Toledo, no lejana, en que algunos particulares se preocuparon en industrializar la fuerza del río; esto ocasionó la pérdida de la belleza de sus orillas, pero, al menos, hicieron algo de utilidad, aportando sus capitales en la construcción de centrales eléctricas, aprovechando los saltos de agua de antiguos molinos. Por incuria y abandono, estas fuentes de riqueza y de utilidad para Toledo se han dejado perder. Las presas, rotas, al mirarlas desde la altura de la ciudad, semejan bocas profundas de sucias dentaduras careadas que, al pasar la corriente entre sus concavidades, su sonido semeja una risa sarcástica que pregonaba la ineficacia de su riqueza, al perder un caudal tan beneficioso y necesario.

Ya veis en lo que ha quedado reducido este tan cantado y admirado río al pasar por nuestra ciudad.

LUISA SIGEA, TOLEDANA

Por FERNANDO ALLUÉ Y MORER

(De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo)

Qué inmenso, qué universal prestigio rodeó en su tiempo a las dos hermanas Sigea, Luisa y Angela. De ellas guarda la Biblioteca del Hospital de Santa Cruz de Mendoza, de Toledo, sendos retratos, con esta precisa —y preciosa— indicación al pie: «Toletana». Mas ello es pintar como querer, pues los óleos, que aspiran a tener sentido iconográfico, pertenecen a buen seguro al siglo XVIII y por tanto elaborados muchísimo tiempo después de la muerte de ambas.

¡Qué universal prestigio! Constituyen realce vivo, latente, de lo docto, de todo aquello que se calificó muy exactamente con la palabra *humanismo*. Se trata de dos preclaras humanistas, de dos féminas «didácticas», como lo fueron también otras, magníficas, de aquella época admirable del Renacimiento español, glorias áureas del siglo XVI: Beatriz Galindo y Oliva Sabuco de Nantes.

Es de Luisa, mas no de Angela, de quien ha quedado relevante memoria. Y así puede permitirse exclamar con asombro, viviente todavía la primera, Alfonso Fernández de Madrid, en su libro «De la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia»: «Sobre todas parece cosa monstruosa y que se debe contar por cosa de prodigio en este tiempo. Esta es una dueña llamada Luisa Sigea que al presente [1556] vive en Burgos» (1). Y, en versos latinos, el dominico portugués Andrés Resendio, preceptor que fué, en los alcázares lusitanos, de próximos deudos del rey Juan III, en una epístola a María de Portugal —la que sería más tarde primera esposa de nuestro Felipe II (2)—, dibujar estos extremosos ditirambos:

Altera Sygæa est, virgo admirabilis, unam
quam natura potens ideo produxit, ut esset
fæmina, quæ maribus vitam opprobare supinam
posset, et ignavos magno adfecisse rubore. (3)

¡Altísimo prestigio humanístico el de esta doncella, que perdurará aún incólume en el siglo siguiente! Compruébase ello bien mediante el fehaciente testimonio de Nicolás Antonio, quien en su «Bibliotheca Hispana» conságrala más de tres columnas, con noticias biobibliográficas entusiastas (4); casi tanto espacio como el dedicado por él al «Monstruo de la Naturaleza», Lope de Vega, y desde luego muchísimo más que, por ejemplo, al gran precursor del teatro español Lope de Rueda, a quien apenas ofrece unas vagas e inexpresivas líneas de mención.

Hay también en la segunda mitad del siglo XVI, otra prueba evidente de la impresionante gloria de Luisa Sigea. El toledano Gregorio Hernández de Velasco, en una traducción a nuestro idioma del libro latino «De partu Virginis»

(5), del italiano Jacobo Sannázaro (el inmortal poeta de «La Arcadia», que tan decisiva influencia había de ejercer en todas las literaturas románicas), inserta cierto «Catálogo de algunos claros varones de Toledo, en octavas», en que celebra —según Pisa— la «honrada memoria de algunas personas señaladas que florecieron en esta ciudad y algunos otros poetas españoles de su tiempo que fué bien cercano al presente [1605]» (6). A la Sigea ofrenda Hernández de Velasco esta octava, en italiano de la propia cosecha:

Ecco insu il scoglio inclita Sigea,
del biondo Apolo e dulce pegno,
cristiana Cintia, casta Citerea,
del alme Aonie dal tempio degno:
questa è ch'il mondo non che Hesperia vea,
questa è incui sola e piu ch'humano ingegno
fe il largo ciel'l'estremo di sua possa,
non vide il sol tal spirito in carne e ossa.

El propio Pisa la vierte a nuestra lengua en versos blancos, con intención de octava, que le salen por cierto un poco largos (7):

Veréis sobre un peñasco a la Sigea,
del rubio Apolo amada y dulce prenda,
cristiana Cintia y casta Citerea,
de las musas Aonias templo digno:
ésta es la que no a sola España ilustra,
pues su buen nombre en todo el mundo suena:
en quien se halla más que humano ingenio,
y a quien el cielo dió con larga mano
lo más que pudo dar, y el sol no ha visto
tal espíritu y saber, en carne y huesos.

Luisa Sigea —y asimismo Angela— es toledana. Ya lo juzgamos así contemplando los retratos de Santa Cruz. Pero es el propio Nicolás Antonio quien lo afirma, trayendo a colación testimonio de ella misma (8): «Ipsa Sygaea in quædam epistola ad Philippum II Regem Toletanam se esse patriam confirmat, e Gallis tamen oriundam, nutritamque apud Lusitanos». Es decir, que Luisa, en una epístola dirigida al rey Prudente —esposo ya de la portuguesa María—, afirma haber nacido en Toledo, ser de origen francés (su padre Diego Sigée lo era, en efecto) y haberse educado y formado en Portugal.

Preceptora y amiga de niñez de la Infanta, muy posiblemente la acompañaría en sus bodas, pisando de nuevo tierra española. Pero su fama —apartando la de su gran belleza física— parece deducirse primordialmente de su dominio de las lenguas, cimiento fundamental del humanismo: según parece, poseía, además del latín y el griego

— inexcusables —, el hebreo, el sirio y el árabe, y en esos cinco idiomas se cuenta que dirigió, para felicitarle por su elevación al solio pontificio, una epístola nada menos que al propio Papa, Paulo III. Una obra de Luisa, «Dialogum de differentia vitæ rusticæ et urbanæ», suscitó por parte de Alfonso Fernández de Madrid este interesante comentario que revela la importancia en que se tenía a la escritora (9): «Diálogo entre dos damas. Se trata elegantemente la diferencia que hay entre la vida cortesana de palacio y la solitaria de la aldea y campo. Disputase la materia por ambas partes con gran copia de razones y autoridades de filósofos morales». Perdura todavía, pues, en ella y en su época, el espíritu medioeval de los *diálogos*, de las *disputas* (del alma y del cuerpo, del agua y del vino...), residuos aristotélicos que recoge todavía en herencia nuestro albor renacentista, y que nuestra toledana sabe realzar «elegantemente».

Luisa Sigea fué poetisa también. Compuso versos, naturalmente en latín (era la lengua de los doctos, el idioma natural de las humanidades), pero sobre todo un poema, «Cintra», dedicado al mayestático paraje portugués, aun hoy tan poblado de sombría vegetación y de regias mansiones, y en donde la historia lusitana conserva perdurablemente entrañables recuerdos. Se publicó en París, por primera vez, en 1566, muerta ya la autora, y Menéndez y Pelayo lo tradujo a finales del XIX del latín al castellano, en verso también.

Por cierto que un manuscrito del poema, del texto

latino original, consérvase aquí, en Toledo, en la Biblioteca de Santa Cruz. Y ello, ¿no parece sugerir que, este hecho casual, represente el homenaje que el azar ha dedicado —ya que no los hombres vigentes— a la memoria de tan excelsa mujer universal, de esta *virgo admirabilis* Luisa Sigea, *toletana*?

NOTAS

(1) Alfonso Fernández de Madrid aparece incluido, con la obra citada, por Nicolás Antonio en el repertorio bibliográfico de su «Bibliotheca Hispana» (Roma. Nicolai Angeli Tinaffii. 1672), tomo II, pág. 624. Las palabras transcritas figuran en el mismo tomo, pág. 58.

(2) María, hija última de Juan III, de Portugal, y de Catalina, hermana de nuestro Carlos V, se promete en Diciembre de 1542, en Salamanca, con el futuro Felipe II, hijo de Carlos V y de Isabel de Portugal; eran los novios, pues, primos hermanos. El mismo día se prometen también Juana, hermana de Felipe II, y el príncipe Juan, hermano de María. Sobre esta última, consúltese el libro de Marcel Dhany: «Les quatre femmes de Philippe II». Paris, 1933.— Première partie: Marie, Infante de Portugal.— Págs. 1 a 46.— No contiene, sin embargo, alusión alguna sobre la Sigea.

(3) Nicolás Antonio.—Ob. cit., pág. 57.

(4) Ibidem.—Págs. 57 y 58.

(5) Nicolás Antonio incluye a Gregorio Hernández de Velasco como autor de «El parto de la Virgen de Sanazaro» (sic), en la pág. 590 de la obra citada.

(6) El doctor Francisco de Pisa fecha su «Descripción de la imperial, etc.» en 1605 (Toledo. Por Pedro Rodríguez), y añade (folio 59), a las palabras copiadas, éstas: «Yo alcancé a conocer a los más de los que él [Hernández de Velasco] celebra».—Como Pisa nació en Toledo, probablemente hacia 1533, alcanzó cronológicamente a la Sigea, que nace hacia 1520; mas por otra parte no hay que olvidar que Diego Sigeco se llevó a su hija a Portugal en muy tiernos años. Luisa, sin embargo, vuelve a España y se casa en Burgos; se sabe que vive en esa ciudad en 1556, según el testimonio de Alfonso Fernández de Madrid. Pisa — en Toledo o fuera de Toledo — pudo conocerla personalmente. El afirma que conoció a los más de los personajes celebrados por Hernández, pero lo más seguro es que no coincidiera nunca con ella.

(7) Pisa: Descripción, etc.—Edición, después de su muerte, por don Tomás Tamayo de Vargas —Toledo. Diego Rodríguez, 1617.—Folio 61 vuelto.

(8) Nicolás Antonio: Ob. cit., pág. 57.

(9) Ibidem: pág. 58.



“PALABRAS”

LIBRO DE POESÍAS DE
JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

Los últimos días del año nos trajeron a las manos una nueva publicación de J. A. Villacañas.

Es la cuarta que aparece en un breve espacio de tiempo. Esta colección de poesías se titula PALABRAS, agrupándose su contenido en tres divisiones: «Dios en mí», «Un modo de ver las cosas», «En la paz de las plantas».

La primera consta de diez sonetos, tendencia filosófica sobre la preocupación poética, logrando un lenguaje más depurado que en sus tres libros anteriores:

«Me vigilan mis manos perezosas
y la risa del aire se hace llaga
enquistada e incisa.»

Forma sutilísima de matizar un pensamiento, envolviéndolo en un ropaje de novedad poética y de dignidad estilística.

En *Un modo de ver las cosas*, elige el poeta distintos motivos de meditación, alguno de fuerte estampa a lo Valdés Leal, como el titulado *Amor*, que es un diálogo con una calavera:

«Vago sentir al pulso estremecido,
quiero saber, sin alabanza triste,
donde pintas lugar para mi cita.»

Quizá la parte más lograda, en la que puso el autor su más subjetiva interpretación a modo de monólogo poético, sea la parte titulada *En la paz de las plantas*. Sirvan de ejemplo estas estrofas:

«Ahora estoy más conmigo. Soy del prado
el más justo pastor. ¡Oh verdes silbos,
que concentráis mi voz en la sustancia!
Las notas van de cálida caricia

subiendo alto, hasta el cerebro mismo,
por la altura imposible de la música.
Tengo sol en las manos temblorosas
con que pulso el clamor de la celinda,

y doy a la begonia el viento fresco
de la mañana en el jardín divino.»

Muy de celebrar es esta publicación, que supone en su autor una nueva meta conquistada y un estímulo para los demás poetas de «Estilo».

CLEMENTE PALENCIA

ARCO IRIS DE SIETE MUJERES EN LA VIDA DE ALFONSO VI

Por ALFREDO SOUTO FEIJÓO

Setenta y nueve años de vida, de batallar intenso en pro de dos grandes ideales de los príncipes cristianos, Dios y Patria, especialmente en tiempos de la Reconquista, y cuarenta y tres años largos de reinado, son bastantes para que la Historia no quede grabada con indelebles huellas de su actuación; que si en todos los casos existen sus claros, sus claroscuros y sus oscuros, en esta que nos ocupa, la esplendorosa luminosidad preside los fastos del rey Alfonso VI de Castilla.

Pero, esta luz, cegadora a veces en hechos, conductas y sucedidos, ¿emanaba toda ella del monarca? ¿Irradiaba de otros focos? Y si esto es así, ¿cuál o cuales fueran éstos? Confesamos la dificultad insuperable, aún hoy día, en discriminar qué vida o vidas focales reforzaban la del conquistador de Toledo. Sabemos, sí, que tales vidas eran femeninas; y, a semejanza del físico en su laboratorio, tomemos como prisma la investigación, hagamos pasar a través de él la luz, en este caso la vida del monarca «de la mano horada», y quedará descompuesta en la gama de colores arcoiriscientes. Femeninos los colores, estampados están en orden cronológico: Inés, «la razón de Estado», será el rojo; Jimena, «la infelicidad feliz», el anaranjado; Constanza, «el imperio», el amarillo; Berta, «el repudio», el verde; Zaida, «el amor», el azul; Isabel, «la incógnita», el añil; y Beatriz, «el último recurso», el violeta.

Casi en cuadro sinóptico, cual visión cinematográfica, hagamos pasar ante la vista del lector las peculiaridades de estas siete mujeres; breves ráfagas las de unas, más duraderas las de otras, cual sucede en todo lo de esta vida.

INÉS.—Rojo sangre de conquistadores, francesa de origen y nacimiento, hija de Guido Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitou; en ella fijó los ojos nuestro protagonista para obtener una alianza allende los Pirineos que no le distrajera en sus luchas contra los árabes. En 1074 casó con ella, durando el matrimonio hasta 1078. No obtuvo sucesión; parecía como si «la razón de Estado», única mira del monarca, esterilizase la finalidad de la unión natural, como signo fatídico de que una coyunda, si no se basa en el amor, seca las fuentes del séptimo sacramento.

Mas no había acto de gobierno en el cual no estuviera presente Inés; uno al lado de otro los presidían y los dictámenes eran encabezados por sus nombres. «Yo, Alfonso rey, y mi esposa Inés, confirmamos, establecemos y mandamos...» «Yo, Alfonso rey, y mi esposa Inés, pactamos paces y treguas con...».

Protocolo, frialdad estatal, alianzas con Estados, tre-

guas, en estos cuatro años de matrimonio no se realizaron empresas bélicas. El corazón y el brazo estaban dormidos, y el paso de Inés por la vida del monarca hizo que el nombre de Alfonso sólo apareciera en la Historia de esa época a través del estampado de su firma en los pergaminos.

JIMENA.—Casi no habíase afirmado la capa de tierra que cubría la fosa de Inés, el mismo año 1078, unióse Alfonso con Jimena Núñez o Muñoz, hija de quien unos llaman Nuño y otros Munio. Dos años vivieron como esposos ilegítimos, pues, parientes en tercer grado de consanguinidad, aparte de serlo por afinidad, el papa Gregorio VII no aprobó tal unión; roto el lazo, no obstante vivieron subrepticamente como marido y mujer, obteniendo como fruto dos hijas, Elvira y Teresa, casada luego la primera con Raimundo de Tolosa, y la segunda con Enrique de Besanzón.

Ni de color rojo ni amarillo, como tránsito de Inés a Constanza, en tono «menor», ni mujer legítima ni concubina, su vida presenta, no obstante, los caracteres del anaranjado, color poco definido, pero lo suficientemente destacado para tenerlo presente entre los formativos del compuesto espectral luminoso de la vida que nos ocupa. Está, pues, catalogado en una especie de «infelicidad feliz».

CONSTANZA.—Aunque en el cenit de su fuerte existencia, el rey no era ya un jovencuelo, pues frisaba en los 50 años, la razón poderosa de legar un descendiente, como futuro jefe de sus Estados, le incitó a su tercer matrimonio. Lo hizo con Constanza, en 1085, año de la conquista de Toledo, hija de Roberto, duque de Borgoña, y viuda de Hugo II, conde de Chalons.

Hasta 1902, en sus fines, permanecieron unidos, sobrellevando ella el apelativo de «emperatriz» por su origen, y aunque él no, en verdad que hizo honor a tal sobrenombre, pues, a su lado, Alfonso hizo conquistas más que suficientes para considerar a España como un imperio. En efecto, con la toma de Toledo, el 25 de mayo de 1085, se iniciaron las expansiones a costa de los reyes moros en tal ganancia de terrenos, que la España cristiana estuvo a punto de ser toda la península, si no de hecho, de derecho. Ayudaron al rey de Castilla, en la mayoría de las empresas bélicas, tropas y caballeros principales venidos de Francia, a insinuaciones y diplomáticas llamadas de Constanza, algunos de los cuales fueron más adelante señaladamente protegidos y enlazaron con princesas reales, siendo troncos de esclarecidas familias de monarcas.

Veintiséis acciones de guerra señalan los cronistas en estos años, todas victoriosas, y a partir de esta época

variará sensiblemente la posición de los dos pueblos beligerantes, el musulmán irá en declinación y el pueblo cristiano tomará una actitud imponente y vigorosa en todos los aspectos de la actividad humana.

Amarillo, gualdo, oro, color de imperio o emperador de los colores, en justicia puede adjudicársele a Constanza la emperatriz. En lo de la sucesión, no fué afortunada, pues sólo dió un fruto, y éste hembra, en la persona de Urraca, la que casó luego con Raimundo o Ramón de Borgoña, conde de Galicia.

BERTA.—Cuarto casamiento. ¿Legal?, ¿ilegal?, ¿legítimo?, ¿ilegítimo? En cualquier caso, fugaz.

Venía Berta repudiada de Enrique IV, rey de Germania, y los apremios de tener un sucesor varón impidieron al monarca el ver claro sobre la santidad o sacrilegio en el sacramento. Cierto es que las costumbres o modo de enjuiciar los actos en aquellas épocas eran muy diferentes de las actuales. Duró el matrimonio desde principios de 1093 a mediados del 1095 sin sucesión.

Año y medio de unión. Brevísimos lapsos, parecía que debía de ser así, ya que el Destino acuciaba para presidir un enlace cuya razón de ser fuese la única verdadera: el amor.

ZAIDA.—Por senderos inverosímiles o insospechados, como siempre, vino; que el Amor gusta de sorprender. Veamos:

Retrocediendo años atrás, al 1082, las conquistas de Alfonso VI a los árabes, tenía a éstos atemorizados, hasta el punto que el de Sevilla, Ebn Abed Al Motamid, temeroso de perder sus Estados, había concertado entonces con el monarca cristiano el ayudarle en sus campañas en contra de otros emires y repartirse el botín y ciudades, con tal de que al sevillano le dejase en paz. Así, venían siendo fieles a su compromiso, cuando Alfonso, puestas las miras en la rica capital murciana, sentíase cada vez más arrepentido de haber ayudado al árabe en la toma de dicha ciudad. Rico florón éste y su vega, codiciado tesoro para el cristiano, llegó un momento en que, no pudiendo disimular más, dispúsose a plantear la cuestión a su aliado: o le entregaba Murcia a cambio de otras ciudades de Alfonso, o rompía el compromiso por la fuerza.

A la entrevista asistió la hermosísima Zaida, hija del sevillano. ¿Qué pasó durante ella? Fácil es adivinarlo, si sabemos que Murcia continuó en manos de Ebn Abed y, andando el tiempo, Zaida tomó posesión del trono español como reina consorte desde 1095. ¿Y cómo no desde 1082, si el rey estaba ya viudo por segunda vez? ¿Cómo, todavía, volvióse a casar con Constanza y Berta, sucesivamente, y entre el fallecimiento de una y el matrimonio con la otra transcurriera, además, cinco años? ¡Ah!, misterios; que el Amor gusta también de ser desconcertante. Aparte de que su prometida era aún una niña de diez años, y también el que así como así no se casaba un rey cristiano con una princesa musulmana.

Se vencieron mil dificultades, entre las cuales eran no pequeñas la oposición de los defensores de una y otra religión, calificando de bochornoso tal enlace. Mas, los interesados, en creciente enamoramiento, no cejaron y todo fueron allanando. Zaida renunció a la fe de sus padres y abrazó la religión de Alfonso; hízose cristiana y tomó en el bautismo el nombre de María Isabel, aunque con este segundo la llamaba siempre su marido y con él es conocida en los documentos. Realizado a renglón seguido el enlace, las tierras cristianas y andaluzas estallaron en fiestas es-

plendorosas, y en el azul del cielo y en el azul de los ojos de Zaida (que de este color eran, al decir de sus biógrafos), reflejéronse los chisporroteos de luminarias pirotécnicas, corridas de toros, torneos y bofardeos, danzas a estilo cristiano y moruno.

Al año siguiente, un varón, ¡por fin!, único que había logrado tener en sus diferentes consorcios, vino a colmar la felicidad de ambos; diósele el nombre de Sancho.

Y para dar una patente muestra de amor que Alfonso sentía por su esposa, raro era el documento oficial en que no la aplicaba los epítetos de «dilectísima», «amadísima», y aún llegó a encabezar otro de esta manera: «Yo, Alfonso rey, y mi esposa Isabel, reina divina...».

De matrimonio más largo, doce años duró la luna de miel, tanto como fué el resto de la vida de Zaida. En 1107 murió, no sin antes haberle dados dos hijas: Sancha y Elvira, casada luego aquélla con el conde Rodrigo González de Lara, y ésta con Rogerio, rey de Sicilia.

Lloróla muy amargamente su esposo; la pompa de los funerales fué tan grande como la de las fiestas de bodas, y el luto se enseñoreó de toda España. Los restos de la reina lleváronse al monasterio de Sahagún, donde quedaron enterrados. Y con ellos, la salud del monarca, que ya llevaba andados 77 años en este valle de lágrimas, sólo dulcificados desde que contaba 65, edad en que casó con Zaida, cuando ésta tenía 23.

En 1108, al año de quedar viudo, otro golpe mortal le asestó, puede decirse que el decisivo, la muerte de su heredero del trono, Sancho, ídolo de su padre, acaecida en la batalla de Uclés o «de los Siete Condes».

El azul del cielo se ensombreció y el amor huyó para siempre del corazón del monarca!

ISABEL.—«La incógnita». ¿Quién fué esta Isabel, causa de debatidas cuestiones entre los historiadores? ¿Existió?, ¿no existió?, ¿fué esposa de Alfonso?, ¿no lo fué?

Lucas de Tuy, «el tudense», y otros escritores la hacen hija de un Luis de Francia. Poco se sabe de ella, y todos convienen en que el rey no la llevó al altar, aunque sí hizo vida matrimonial con ella unos meses. Muerto Sancho, a todos los medios apelaba Alfonso para asegurar la sucesión al trono.

En incógnita queda, y hasta el epitafio existente en León se supone apócrifo. Y el indeterminado color añil puede aplicarse bien a su fugaz existencia.

BEATRIZ.—A fines del mismo 1108 (¡tan rápido veía venir el rey su desenlace fatal!), a pesar de sus achaques, amargas y penas, a pesar de tantos trabajos y vicisitudes sufridas, cargado con el peso de físicos padecimientos, sostenido en pie gracias a su indomable entereza de ánimo, y suspirando, ¡a sus casi setenta y ocho años!, por una sucesión varonil, casó con Beatriz, de origen francés.

«Último recurso» fué esta señora, de la que únicamente sabemos que se dedicó a ser su enfermera en cuerpo y alma, volviéndose luego de enviudar a su patria.

Como la «violeta», mansa, humilde, apenas sin dar sensación de que existía y era, al fin y al cabo, reina, Beatriz nos deja el recuerdo de su sencillez, finísimo y penetrante perfume.

En la noche del 30 de junio de 1109, pasó Alfonso a gozar del eterno descanso, y con estas efemérides cerramos este trabajo, donde hemos visto desfilar la gama del «ARCO IRIS DE SIETE MUJERES EN LA VIDA DE ALFONSO VI».

BAILE DE FIN DE AÑO

El día 31 de Diciembre, último día del año, nuestra sociedad organizó una magnífica cena-baile en el «Hotel Carlos V».

Numerosos socios asistieron a la cena, quedando encantados con el regio menú y esmerado servicio del hotel.

Después de este familiar ágape, comenzó el baile animado por la Orquesta Horizonte.

Poco a poco fueron llegando numerosos socios entre los que destacaba el elemento joven.

Antes de las doce, el baile estaba ya concurridísimo y la sana alegría invadía a todos. Los *confetis* trazaban en el aire signos de felicidad e iban a chocar con la cara y espalda de los más abstraídos.

Acompañado de jubilosa música, de graciosos globos (que estallaban como ilusiones flotantes que se deshacían al hacerse realidad) y de

confetis que se abrían en irreales abanicos, llegó el nuevo año con sus alforjas de ilusiones, alegrías y felicidades, que a través del largo camino de 365 jornadas, irá cambiando por desilusiones, tristezas e infelicidades.

Pero nada de esto pensábamos al intentar degullir las doce uvas al ritmo de las doce campanadas tradicionales.

El baile continuó igual que antes, pero con la sola variación que en toda la sala se escuchaba la célebre y vieja frase que todos los años nos parece nueva de FELIZ AÑO NUEVO.

Los globos y los *confetis* se sucedían ininterrumpidamente y por cada uno que se explotaba o despanzurra, aparecían diez para júbilo de todos que ansiábamos reír, reír, para resarcirnos de todos los lloros que hubiésemos tenido durante el

año que se había marchado.

La madrugada avanzaba, pero los bailarines no decaíamos en nuestro culto a Terpsicore y la corriente de amistad y camaradería era más intensa que al principio, porque tal vez todos pensábamos que algo espiritual nos unía con aquellas personas que habían recibido al año en el mismo techo que nosotros.

La alegría era tan intensa y el afán de diversión tan grande, que aún hubieron de tocar tres o cuatro veces más a instancias de los aplausos de todos, aplausos frenéticos de juventud, y aplaudíamos todos porque nuestra alma era joven y presentíamos —invariablemente todos los años lo presentimos— que con el nuevo año comenzaba una nueva etapa en nuestras vidas.

SANDALIO DE CASTRO

NOCHEBUENA

«Hoy brillará la Luz sobre nosotros porque nos ha nacido el Señor».

(Is. 9.)

La noche, en un silencio impresionante, alza su vuelo y a elevarse empieza... El alma se repliega... En un instante, noche y alma son una en tu cabeza.

Es la Luz... Es un rayo alucinante, indeficiente, limpio... El alma reza sin querer, sin saber, tensa, tremante, en un cálido anhelo de pureza.

Estás ausente, y es presente todo, y te es ajeno, pero todo ansías, y algo increado tocas con las manos...

¡Es la Luz!..

¡Y la noche, de tal modo radiante, nos devuelve salvos, sanos, y a la Luz, hecha carne, en el Mesías!

ALEJANDRO LUIS

EL ROSAL ESTUVOZ

Dulce suspiro, rosa de mi boca, alimento y ardor de mis entrañas, claridades del cielo en que te bañas con brisas de la linfa y de la roca.

El aire inquieto tu beldad provoca con caricias de viento en las montañas, madrigal de corderos y cabañas, todo es de luz porque tu voz lo toca.

Eres un grito en mi garganta muda, lamento de mi eco y mi sonido, envidia del perfume de las flores.

Y hasta parecen cosas sin sentido las palabras prendidas a mis labios si no llegan veloces a tu oído.

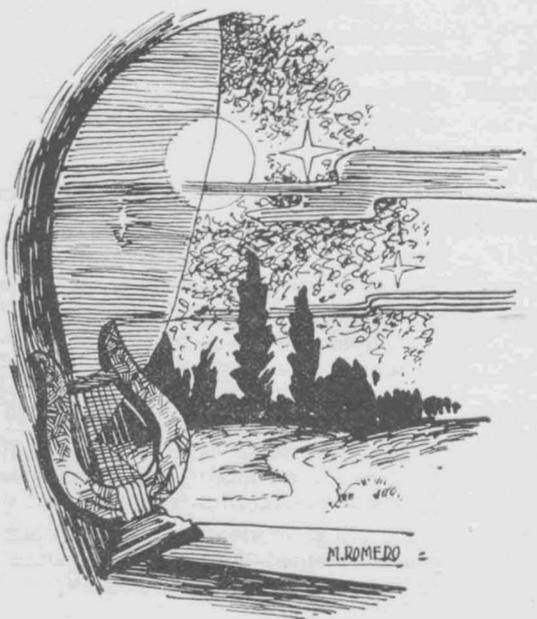
JULIÁN LANCHAS JIMÉNEZ



Los Aguiluchos APUNTE

En la áspera cumbre de los picachos
 los aguiluchos
 trenzan magníficos y solitarios
 los arabescos indescifrables.
 Estela única que se deslíe.
 Hipérbole aérea que los augures
 no vaticinan.
 Rozan las nubes albas y fofas
 que se deshacen
 bajo el conjuro de un Dios sapiente.
 Y con su pico duro y vibrante
 cual proa al viento
 que ronco ulula
 rasgan ansiosos
 el sutil aire.
 Y en su pupila fosforescente
 reflejan únicos
 el Ascuá ardiente.
 Buscan la presa, que temerosa
 esconde tímida en las arboledas
 su espesa pluma.
 Y el aguilucho bucea ansioso
 recalitrante.
 En amplios giros, inmensa elipse
 centra a su víctima.
 En su salvaje y cruel prepotencia
 silba cortante, grita en su idioma,
 vocea el triunfo de su potencia.
 Y al pajarillo amedrentado
 hunde el acero gris de sus garras.
 Fué en un instante de audacia loca
 en un viraje remonta el vuelo
 y entre graznidos que turbio enronca
 le despedaza
 las carnes tiernas mirando al Cielo.

RUFINO MIRANDA



(Sobre San Juan de la Cruz)

Juan de la Cruz llevaba
 en su mente una estrella
 que nunca se apagaba...

Mas él no se veía,
 tan sólo vislumbraba
 la luz que le cegaba y sostenía...
 ¡Y, sin embargo, ébrio la buscaba!

Pleno de humanidades,
 por lo humano cargaba con su sino,
 cantando, leve, hondas, las verdades...

(Su canción era un verso
 sencillo y con tal tino,
 que, sin querer, rozaba lo divino
 para volver, después, profando y terso...).

Pero no lo advertía.
 Con su luz en la frente,
 él buscaba la luz indeficiente...
 ¡Por no morir, moría!

Y sufriendo cantando
 para alcanzar la Suma Claridad,
 la halló en sí mismo, cuando
 a un paso estaba de la eternidad...

(¡La buscaba hacía tanto,
 que cuando en él la vió, era ya Santo!..).

A. LUIS

Homenaje de los Poetas a San Juan de la Cruz

El domingo día 29 del pasado Noviembre, se celebró en el Cine Imperio de nuestra ciudad un acto de exaltación poética a San Juan de la Cruz, con intervención del Rvdo. Padre Hilario del Niño Jesús, Superior de los Carmelitas Descalzos de Toledo, que pronunció una documentada conferencia sobre la inspiración poética del Santo. Declamaron poesías originales Demetrio Castro Villacañas, que leyó además unas composiciones de Federico Muelas, y relató brillantemente el acto celebrado el 24 de Noviembre en Hontiveros, pueblo natal del Santo. Raimundo de los Reyes, Fernando Allué, Sandalio de Castro, Juan Antonio Villacañas, José María Cirujano, Clemente Palencia, Luis Serrano Vivar, Alfonso Villagómez, Tertulino Fernández y Carlos Marchante. Terminado el acto, que resultó concurrencioso y muy del agrado del auditorio, se cursaron telegramas al Excmo. Sr. Gobernador Civil de Avila y Alcalde de Hontiveros, manifestando la adhesión de los poetas de «ESTILO» a la idea de convertir la casa natal del Santo en Academia sede de la poesía mística española.

SONETOS ANDALUCES

Manuel García Viñó, es un joven poeta andaluz del grupo «Guadalquivir». Su línea poética viene enraizada en una clara tradición meridional o, por mejor decir, sevillana. De los poemas que de él conozco, constituyen los sonetos la parte más lograda; algunos de ellos francamente hermosos. Y no es casual ni pertenece a moda, el que la mejor expresión suya sea en esa forma métrica inmortal, de importación toscana. Hay en Sevilla un rico, un ilustre legado sonetista; no olvidemos que en el siglo de oro español la escuela sevillana se manifestó muy subrayadamente en maravillosos sonetos, y así los nombres del «divino» Herrera, de don Francisco de

Guadalquivir

Cristal feliz de mi niñez, estela
de musical serenidad riente,
blando caudal que fluye lentamente
a un sereno destino de acuarela.

Líquido azul que con su velo vela
la más rotunda claridad ardiente,
y en su rizado espejo transparente
mi voz, mi fe, mi pensamiento riela.

Abreme el seno de tu ondina pura,
llévame en andas de tu luz segura
por la callada ruta de tu orilla.

Que dondequiera que me encuentre quiero
tenerte por mi alado mensajero
—embajador de amor— hacia Sevilla.

Playa de Huelva

¡Aúpa! Levad anclas, marineros,
que se alza el resplandor y viene el día,
que abierta nos espera Punta Umbría
dormida en el temblor de los esteros.

Soltad amarras, remontad ligeros
la espuma litoral de la bahía,
que un rojizo cristal de lejanía
marca la ruta en línea de luceros.

Ya trenza el aire un vuelo de palomas,
y un perfume de Américas soñadas
palpita su ilusión bajo la quilla.

Ya el sol remonta las primeras lomas,
y entre pinos y arenas y ensenadas
Colón nos dice adiós desde la orilla.

Playa de Sanlúcar

Fundido en mar, ya el río se desata
copiando ondulaciones a la duna;
ya aspira, ya se riega una tribuna
de arena virgen y escabel de plata.

Ya, azul de cielo, el agua se aclimata
al son feliz del viento que la acuna.
El sol entona una canción de cuna
a la ola niña que su luz retrata.

Laberinto de jarcias. Bajo guía
ofrece junto con su sal su aliento
de olor de pino y brisas marismeñas.

Playa del sur, mi corazón querría
dormirse en ti, tu espuma o sedimento,
como un ostión, anclado entre tus peñas.

El toro de la tarde...

Suena el clarín alegre del levante
y el gran coso del mar viste su gala;
por la testuz del arenal resbala
pesadamente el viento caminante.

De oro y de grana el sol, quieto y danzante,
quiebra su par de fuego por la cala
y el agua azul se peña y se acicala
presa en la airosa gracia del desplante.

El toro de la tarde, embravecido,
brinca entre bruma, brama, briza, estalla,
por el estoque de la noche herido.

La daga hiriente del primer lucero
le golpea mortal sobre la playa:
daga de luz, lucero puntillero.

La marea

Redondo mar, ¿por qué restas y sumas
o, cálculo integral apasionado,
vienes y vas y vuelves, dislocado,
en ondas verdes y encrespadas brumas?

La playa tersa o el riscal abrumas
en tiempo igual y ritmo prefijado;
cometa presa, tu rigor mojado
en beso y risa de tu cuerda esfumas.

Redondo mar, ¿por qué tus caracolas
ocultan leves en riscal y arenas
tu voz interna y multiplicaciones?

Pauta lunar, transfiguradas olas,
verde cadena de sirenas, llenas
tu comba, curva, huída de canciones.

La llegada

Espectador inmóvil, la pantalla
continua de la abierta ventanilla
me muestra la dorada maravilla
del cielo que a mi tierra pone valla.

Miradas de ansiedad. El alma calla.
¿Donde el final feliz, dónde Sevilla?
Un fondo musical de seguidilla
viste el paisaje que la luz detalla.

Senderos de ilusión, nubes ficticias,
blanco mensaje de ventura cierta,
el horizonte ofrece sus primicias.

Ya el tren remonta la señal abierta,
ya el viento huele a Catedral. ¡Albricias!
¡Allí se yergue la Giralda alerta!

En Córdoba

Este arcángel de mármol que eterniza
su vuelo vertical en piedra dura,
desde el mástil azul de su escultura
cambia de norte el rumbo de la brisa,

abre horizontes, sueña, diviniza,
ciñe de luz, Guadalquivir, tu anchura,
al sol desde su altura transfigura
y espuma y plata entre tus risas riza.

Ángel de mármol, celestial vigía,
pescador de las nubes, marinero
sobre la esbelta cruz de tu mesana,

marca la ruta del ensueño, envía
corriente abajo mi ilusión, ligero
mensajero de amor, hasta Triana.

Faro de Chipiona

Surtidores de luz, lenguas de plata
lamiéndole los filos al paisaje;
hebras de hilo azul para el encaje
que espuma y nube al horizonte ata.

Compás y clave de la serenata
en mar mayor —triumfal— del oleaje;
rueda dentada para el engranaje
del cielo que a tu beso se dilata.

Tiende la noche su dosel de sueño,
naufraga la mirada y, entre bruma,
mi pecho marinero te adivina.

Despliega el viento su fruncido ceño,
y al horizonte —lágrimas de espuma—
te llora por los siglos Salmedina.

Medrano, de don Juan de Arguijo, del suegro de Velázquez, Pacheco —pintor también, y poeta—; del gran Rioja, de Juan de Salinas, representan un antecedente —inconsciente, como es natural— en la obra, aun breve pero muy compacta, de este joven sevillano. Quiero, pues, adivinar en él una continuidad de la corriente de los siglos: Siendo fiel a la tradición insigne de su ciudad —la que baña y besa el encantado Betis—, sirve a una forma definitiva de fidelidad a sí mismo, a su propia y transparente voz. Lo comprobaréis, lectores castellanos, en estos dieciséis poemas inéditos que a continuación se ofrecen.—F. ALLUÉ Y MORER.

Mediodía

Mar sin confín, azules infinitos,
retumbos de cristal, velas y velos
de nube y luz, espejos paralelos
en marco de horizontes circunscritos.

¿Cuál es la imagen de los dos? Los gritos
del litoral me dicen sus desvelos.
Curva soldada por el sol, los cielos,
que funden con el mar sus circuitos.

Cintas de luz, rizadas caracolas,
fingen caricias con sus resplandores
bajo mis pies los suelos y las olas.

Deslumbra el sol —oh chispas de su fragua—
la vista que entre brumas y temblores
ignora lo que es cielo y lo que es agua.

Noche encrespada

Lamento sideral, noche encrespada,
grito de luz enardeciendo el cielo,
golpe de viento levantando el velo
que ocultaba la brisa despeinada.

La arista del paisaje, biselada
por la bruma en volandas del revuelo,
abre la puerta donde inicia el vuelo
la risa oculta de la nube airada.

Bergantín de la noche, luna llena:
Muéstrame el gesto sin rubor que estrena
tu cara que decora los alcores,

tu estela de cristal, tu paramento,
tu redondez esbelta y resplandores
—base del aire y capitel del viento.

Esperanza

Te fuiste por abril; mi amor tu espera,
te espera siempre atado por tu risa,
te espera en los temblores de la brisa,
te espera en el verdor de la pradera.

Ebrio de ti te espera en la ladera
callada y dulce, en la quietud sumisa
del campo solitario, en la precisa
sombra del chopo erguido en la ribera.

Te fuiste por abril; mi amor te espera,
vencido ya el invierno, en la florida
frontera de la nueva primavera.

... Que sé que has de venir, que no hay huida
eterna para el alma que está herida,
si el aire es todo azul y amor espera.

Semilla

Aquí, sobre esta tierra removida
de este infinito campo desolado,
quiero enterrar mi corazón cansado,
su tenue luz, su luz adormecida.

Quiero sembrarlo, ver si con la vida
que se despierta en torno del arado,
renace a la ilusión, ver si sembrado
abre en raíz su esencia carcomida.

Hoy quiero verlo, amor, desde tu mano,
vuelto semilla el corazón partido,
por el aire volar como vilano.

Florecerá, lo sé, que el sol herido
que alumbra mi existencia no ha vencido
su postrero solsticio de verano.

Pescador

Hoy vivo pescador en esta orilla
y un agua que se muda el pie me baña;
es mi horizonte incierto una montaña
y mi esperanza firme es una quilla.

Una barquilla tengo, una barquilla,
pero sus remos guardo en mi cabaña;
mi ilusión, desgranada por mi caña,
yace en el agua inquieta y se me astilla.

Nada me importa, todo fatalmente
naufraga lento en la delicuescencia
de mi caña curvada a la corriente.

En mi morral no hay peces ni carnada.
No los quiero, que el hueco de una ausencia
colma la yerma ruina de mi nada.

Nocturno

La luna palidece al macilento
contacto de las nubes vengadoras;
por la calle espectral vagan las horas,
suspiros leves, nocturnal aliento.

Flota y se eleva y pide su sustento
al astro inmerso en cúspides canoras,
y las nubes alargan sus esloras,
extendiendo su obscuro paramento.

La luna acuna su frutal semblante
en un lecho de sombras. Negativa,
entre copos, dibuja su estructura...

Adelante —frutal—, siempre adelante,
entre nubes de espuma, progresiva
su lenta, gris, inmóvil sirgladura.

Palacio de cristal

Palacio de cristal, esmerilado
por el polvo y hollín de las marañas,
hoy llego a tí, tus lóbregas entrañas
profundizado bajo el cielo helado.

Palacio de cristal, ensimismado,
cuna, vergel y tumba de alimañas,
panoplia gris de múltiples guadañas,
yerto fanal, palacio mutilado.

¡Qué helada soledad la de tus muros,
qué muda sinrazón tus claroscuros,
polvo de cal, ceniza de ladrillo!

Lejano de las últimas palmeras,
no puedes dar refugio al pajarillo
ni aun nido a las palomas mensajeras.

El chopo

Cómo se enrosca en ti, cómo te baña
los pies el agua verde y cristalina,
cómo te deja, eterna peregrina,
llorando sin dolor, cómo te engaña.

Su filo de cristal, que no te daña
—leve perfil del agua, que se empina
ciñe a tu tronco el paño de su ondina,
copiando la esbeltez de tu espadaña.

Yo sé que tú, Narciso indiferente,
te burlas de las ondas, la corriente,
de ese pasar del agua desbocado;

que vertical tremolas a la altura
la alegre sinrazón de tu hermosura,
como un ciprés inquieto y despeinado.

Tres fechas y un mundo

Paz a los hombres

El Cuartel General avanzado de las fuerzas de las Naciones Unidas que luchan en Corea, ha recibido el último parte de la noche: «Fuerzas nortecoreanas han desencadenado en la noche de hoy un ataque en la cota 115, logrando en los primeros momentos un punto de penetración, que fué contrarrestado eficazmente, tras breve lucha, por la 18.ª Agrupación de Infantería de Montaña de las Naciones Unidas. Dado el 24 de Diciembre de 19...»

Un parte de guerra..., tras breve lucha..., 24 de Diciembre...

Una noche cerradísima, con un frío glacial que marca los 20 grados bajo cero. Hombres, nada más y nada menos que hombres, que sin rostro, sin color, sin nombre, sin ideas precisas y sí muy variadas, se han visto precisados a luchar. En aquel campo enfangado se han dado cita, desde los más lejanos y dispares países, las más diversas razas, creencias e ideas. Allí están todos y cada uno por mil y mil circunstancias distintas. Las cosas, para la mayoría, no están muy claras.

Un graneado fuego de mortero hizo que cada cual fuese a ocupar su puesto de combate. Prisas, carreras y un tabletear de ametralladoras, fué la inmediata respuesta. Las primeras patrullas salieron, al encuentro del atacante, rastreando y saltando de embudo en embudo.

Detrás, los transmisores y una sección de sanidad. La explosión de una bengala iluminó el campo y se vieron por un instante los unos frente a los otros. A ciegas, un fuego cerrado de metralletas, bombas de mano e imprecaciones. Aullidos de rabia y dolor... Ambas partes retrocedieron a sus puntos de partida, asustadas y temblonas, después de este choque aterrador de hierro igneo en la noche helada y negra.

El mortero, pausadamente, hasta

que se dejó de oír, terminó de barrer el campo...

A un gemido responde otro gemido, y, arrastrándose, un negro, que se confunde con la noche, carga a sus espaldas a un blanco, que se confunde con la muerte.

Dos hombres, desconocidos entre sí, los junta el dolor. Es la divina carga de la humanidad. La carga que hace realidad necesaria que todos marchemos mutuamente apoyados y unidos.

Un tercer gemido. Son los brazos destrozados de un nortecoreano que dejan correr, como mangas de fuego, chorros de sangre. Perdido en la noche, llora su tormento. El negro, con el compañero blanco a las espaldas, le dice: ¡Sígueme!

Y los tres, al llegar a un camino, se encuentran con una patrulla de reconocimiento que, en «jeep», ha salido después de la lucha a reconocer el terreno. Conduce un oficial y lleva consigo a dos enfermeros turcos. Solicitud de todos para con todos.

Y un «jeep» que arranca, y en el «jeep» seis hombres inundados de agradecimiento: Un negro católico, un nortecoreano «aturdido», un blanco protestante y tres turcos musulmanes.

Al llegar a un inmediato puesto de socorro, eran las 12 de la noche.

Más alejados, un numeroso grupo celebraba una venturosa fiesta. En medio del dolor, los seis miraron... porque habían oído no se qué de «Paz a los hombres»..., y lloraron amargamente.



Fin y principio... de año

En el gran salón de baile, todavía flota una cargada atmósfera, entre

agria y pegajosa. Los últimos trompetazos de la orquesta del hotel, cuelgan deshinchados por los rincones y agarrados a las serpentinas que cuelgan lacias de las arañas. El suelo tiene trituradas, por la constante danza de mil parejas, copas que se estrellaron en un reir nervioso y aleteante. Gorros de papel, caretas, confettis, colillas de cigarros habanos, salivas, un poco de barro y un pendiente...

Una media penumbra en un medio sopor. Las últimas voces de algunos huéspedes, ebrios de alcohol y de placer, se diluyen en las cuatro de la madrugada, cuando las puertas de sus habitaciones se cierran por última vez.

Se ha celebrado el comienzo de un nuevo año.

En una habitación, un matrimonio relajado muscularmente por el cansancio, se desnuda en silencio. Ella, más joven, suave y hermosa, con una cabellera como nieve bañada de dulce sol amarillo, se quita, sentada ante un tocador, con ademán vago, las últimas joyas que adornan su cuerpo. El, en mangas de camisa, el cuello desabrochado y con un zapato entre las manos, se queda ensimismado y absorto...

Se ha celebrado el comienzo de un nuevo año.

Y él, en un torbellino cósmico, recuerda en un instante todo... y nada. Su vida. Una pobreza; vagamente a unos padres; una nación donde vió la primera luz; muchas donde se cegó; otra donde se nacionalizó..., todo y nada. Su vida.

Una lucha cruel, un rastrear, un tráfico con la muerte y una riqueza por la miseria... Un ir y venir, un placer, viajes, una mujer, drogas, paraísos, otro placer, otras mujeres..., más riquezas.

Un cuerpo maltrecho y resbaladizo. Resbaló por él la fe, resbaló Dios, la humanidad, las guerras..., el amor..., todo y nada. Su vida.

Un cerebro deformado, dudas,

ideas obsesionantes, hastío, perversión...

Ya no responden los cada vez más fuertes estimulantes. Ni la humana consideración de los altos niveles sociales..., ni cruceros..., ni fiestas..., ya ni riquezas. Ha llegado con ello, este ser, a las últimas conclusiones. Ha llegado a la negación absoluta de todo y de nada. A la negación de su vida. Su cerebro, a punto de estallar, es una ebullición total y terrorífica. Muchas veces ha estado al borde de ese delirio...; sólo ahora, con una aparente calma, un poco temblona la mano, abre el cajón de la mesilla y saca un pequeño juguete. El juguete de la muerte.

Dos detonaciones en un gran hotel, de una gran ciudad, entre una media penumbra y un medio sopor...

La cabeza rubia de ella se ha teñido un poco de rojo; él, caído sobre la cama, es todo y nada; su muerte...

Se ha celebrado el comienzo de un nuevo año.

Todos los ruidos amortiguaron estos dos. En el gran salón de baile, todavía flota una cargada atmósfera, entre agria y pegajosa...

Una pareja, un poco cansada, se ha retirado a descansar definitivamente.

.....
Frente al hotel, una casa de vecinos. La mujer del inquilino del segundo, el contable de una empresa, que ya tenía cuatro chiquillos, ha dado a luz otros dos.

El marido se limitó a decir, un poco burlón, mientras paladeaba una copa de coñac: ¡¡Bendito sea Dios, ahora vienen a pares!!

.....
Son las cinco de la madrugada. El silencio mayor... Hace unas horas se ha celebrado el comienzo de un nuevo año.

Un vigilante nocturno, piensa: —Normalidad absoluta—. Y ha seguido andando...



Los Magos

Probo funcionario y jefe de Departamento, D. Nicolás era feliz. Tenía puestas hace años, y ya como rutina, unas gafas con maravillosos cristales color de rosa.

Por aquellos días, D. Nicolás era más feliz todavía. Unas Pascuas pantagruélicas le tenían en una constante y eterna digestión. Y era más feliz porque se había contagiado de la alegría infantil y deliciosa del regalo. La curiosa satisfacción del regalo que hoy afortunadamente inquieta a todas las personas. Hubo un tiempo en que los Magos sólo venían para los niños, y los mayores —siempre niños al fin— caían en una amarga desilusión del mundo y constelaciones limítrofes.

Ahora, por lo menos en una época señalada, todos los años nos sentimos niños y Magos. Y en la noche de la gran ciudad, asfalto mojado, riadas de coches, anuncios luminosos y rielar de luces, se vió envuelto D. Nicolás por aquella catarata multitudinaria de seres que, cargados de paquetes, avanzaban lentamente por las amplias aceras y salían y entraban incesantemente de los grandes y luminosos almacenes.

El esperaba, como todos los años, una corbata. Su mujer un bolso. Es decir, cosas originales. ¡Pero no! Este año D. Nicolás tenía que hacer un buen regalo, y en una «boutique» de Serrano compró un conjunto en piel de cocodrilo, de zapatos, guantes, bolso y cinturón. Total, 4.000 pesetas. El cocodrilo vivo tenía más piel y era más barato, pero le pareció mal, y no sabía por qué, regalar un cocodrilo vivo.

Hasta el día señalado, D. Nicolás se llevó el regalo a su oficina. Quería dar una auténtica sorpresa de Mago y pensó mandarlo a su destino con un botones del departamento.

Cuando el día llegó, D. Nicolás llamó a un botones, y dándole emo-

cionado el paquete con una tarjeta, le dijo: ¡Andando, galopín!

El chico era muy despabilado, pero perdió la tarjeta, y antes de molestar otra vez a D. Nicolás y volver a la oficina, sacó su agenda y consultó dónde vivía su jefe.

La sorpresa de la esposa de don Nicolás —opulenta matrona, competidora del «Pegaso» 8 Tn.—, fué delirante. Pero la que fué verdadera sorpresa y «delirium tremens», fué la de D. Nicolás cuando llegó a su casa y vió cómo se le echaba encima su camión en un arrebato de apoplejía emocional.

Aquel galopín creyó hacer bien, y en efecto lo hizo, llevando aquel regalo de la forma más antinatural del mundo a la esposa de su jefe, sin pensar —Santa Simplicidad— que en aquella tarjeta perdida iba la más lógica de las direcciones: Calle de Santa Brígida. Teatro Martín. Señorita... Etc..., etc..., etc...

Fuó cosa de Magos y todos sonrieron. Hasta la señorita del Martín, que cansada de esperar y despechada, conoció aquella noche a un joven —«un sueño de hombre»— que, según ella y él afirmaron categóricamente horas más tarde, y precisamente en la noche de Magos..., iban a ser «novios formales». ¿Y por qué no, si era la fiesta de la ilusión? Ilusión de un botones que, sin saberlo, hizo de Mago; ilusión de una esposa al creer que es la mujer de los «regalos» conyugales; ilusión de una vicetiple en tener «un novio formal», e ilusión de D. Nicolás por acertar, al menos, el color de la corbata, porque corbata tenía que ser, sin duda.

Multitud, música, autobuses, regalos, juguetes y alegría; esto era la gran ciudad la noche de los Magos.

Rótulos luminosos, estridencias y altavoces..., y, al fondo, una gran cartelera de un cinematógrafo que anunciaba: «¡De ilusión también se vive!»

FRANCISCO ZARCO



DESDE MIS REYES MAGOS

POR JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

—¿Quiénes son ustedes y qué pueden buscar aquí? Efectivamente, estoy en esta prisión, aunque de paso, mi salud es mala y soy demasiado viejo para aguantar más. Mi cuerpo será lanzado en brazos del abismo. Ni la misma tierra podrá retenerme en sus entrañas; no lo permitirán estos miserables. ¡Oh, santa y purísima tierra! Mi sepultura será esa furiosa mezcla de agua y peñascos. ¿Lo ven ustedes? ¡Miren, miren allá abajo; su deseo se precipita en mi piel, pero el género humano parece estar preparado para todo; todo es nada para un puñado de carne relajada, abriéndose poco a poco dentro de su propio tormento!

—Señor, somos de España.

—¡Españoles, ustedes españoles!

—Sí, señor. Yo me llamo Andrés, y esta es Clara, mi hermana. Venimos a traer estas flores a un lugar cualquiera de aquí. Ya vemos que el cementerio es...

—¡El mar! Y hace treinta y cinco años que lo posee. Recuerdo esa historia como si yo mismo la hubiese vivido. Se la oí contar varias veces en unas horas. Estuve en una celda frente a su padre. Diez años después de su ejecución, me sacaron de allí y me emplearon en este trabajo que están ustedes viendo. Hoy no me exigen tanto porque el castigo ya no lo siente mi cuerpo y les resulta inútil y molesto.

—Y bien, señor, ¿cómo fué nuestro padre? Díganos, por favor.

Sergio Luis, comenzó su vida con grandes ambiciones.

No, no llueve hoy. Ni nieva. Es la mañana clara, diáfana, como la mirada de los niños que juegan con los caprichos de los Magos. La muñeca que habla y el cañón que dispara pro-

yectiles de verdad, junto a la humilde muñequita de cartón, con ojos estrábicos o saltones, y el minúsculo fusillito de plomo, mal construido, sienten la caricia de manos tan infantiles como diferentes.

El cigarral, frente a Toledo. Desde el cenador se observa a la ciudad como si brillara más que nunca, bajo unos rayos templados de este sol de Enero. Mientras, un hermoso niño rubio, sentado en el pretil, con los codos tristemente apoyados sobre las rodillas, ve correr las aguas del río, y, en su fondo, unos juguetes que la caravana de los Reyes Magos volcaron con precipita-



ción porque amanecía. Eran caros y bonitos, y él no podía poseerlos. Sus siete años temblaban de odio y desesperación.

La próxima vez morirán los «Reyes» y todo su rico cargamento será para mí —amenazaba en silencio—.

Campanas y cornetas. Es la Pascua Militar y se celebra con la más pura solemnidad. El cigarralero parece discutir con su esposa, al mismo tiempo que se prepara para dar una vuelta por la finca.

—No puede ser —grita la madre, entre enfurecida y triste, por el estado de contrariedad de su hijo—. Debe-

ríamos darle una paliza. Mira que después de lo que nos ha hecho gastar... ¡Y con lo caras que están las cosas!...

—¡Bueno, Paula, dejémonos de más disgustos, y el año que viene Dios dirá. Los muchachos siempre son cabezones, testarudos hasta después de los golpes, y, o los dejás, o los matas. Además, el señorito Pedro vendrá el mes que viene y le traerá las cosas que ya no quieran sus hijos. ¡Vamos, llámale y que almuerce algo!

Desde aquel día en que las fiestas de la Navidad del Señor traen la felicidad a todos los hogares, yo me sentí condenar a muerte por una ambición desesperada.

¡Qué estampa más delicada contemplan hoy mis ojos arruinados! Allí, dentro de su recinto amurallado por los árabes, hierve de gótico Toledo. Levanta su perfil majestuoso, imponiéndose a las nubes y al azul triunfante del firmamento. Es obsesionante y bello el panorama que brinda al visitante desde sus afueras, aunque en sus entrañas vivan viejas callejas y rincones llenos de misterio y de leyenda. Diablo, Infierno, Muertos, Clavo y otros de no menos misteriosas y hasta repugnantes denominaciones. Es como si ocultas heridas cancerosas existieran debajo de los vestidos de Venus, igual que lugares perversos en la elegante figura de Dorian Grey, pero son como latidos que mueven la curiosidad humana. En una de ellas nací.

No puedo ocultarme a la grandeza de la voz que escuché un día, una voz joven que aconsejaba a un anciano que parecía dispuesto al suicidio: «Es cierto que tu comportamiento ejemplar es digno de alabanza y merece una buena recompensa, pero no debes to-

marlo como base para edificar el palacio de tu maldad, después de sesenta años de sacrificio. Es como si un virtuoso del mundo empezase a pervertirse a las mismas puertas del cielo».

Pero se olvidaron pronto, lo mismo que la casa en que nací, sucia y descarnada, y las delicias del aire libre y rico del cigarral. Todo me parecía pequeño e inútil; por eso huí después de destrozarlo en mi corazón. El mundo entero me buscaba, pero triunfé de él. Las cárceles se crecían para aprisionarme, pero se abrían ceremoniosas a la fuerza de mi oro. Siempre libre, libre como un cuervo salvaje. Así he ido llegando, poco a poco, tan dentro de mí mismo, que me siento encerrado en mi propia cárcel, de la que no pienso

salir jamás. La conciencia horroriza, el fiscal del espíritu es invencible ante la defensa de nuestro ser. ¡Qué a tiempo me llegaron las sabias palabras dirigidas a aquel anciano y qué tarde resuenan ya en mi oído!

Siento en mi alma la dura soledad del actor ante una inmensa sala vacía. La causa, el efecto, es tristemente el mismo si huyeron de mí por la infortunada actuación o cansados de aplaudirme. ¿Qué saben ellos de esta íntima representación? Estoy muy lejos de mi casa, sin tenerla; nadie ha vuelto a reparar ni a acordarse de mí, ni yo sé si aún puedo decir «madre» sin lastimar su nombre. Posiblemente ha muerto con el hijo desgraciado entre sus brazos. Y en cambio estoy aquí

para llorarla, rodeado de nadie a pesar mío. Y Clara, mi esposa, aún no se ha limpiado el hilo de sangre con que infesté sus labios temblorosos. Y mis hijos, Clarita y Andrea, agotados de llanto. Todo sucio y maltastado se ha prendido amargamente en mi dolor humano, sin que el tiempo me permita restituirlo a la grandeza de mi espíritu oprimido.

—Oiga, preso amigo, ¿cuándo llegará el confesor, está amaneciendo y...?

—Nunca —le respondí—. En este país no hay sacerdotes.

No quiso desesperarse y creo que lo consiguió. En su celda quedó este continuo latir de resonancias de arrepentimiento.

Su última voluntad, fué la Muerte.

Una obra del Catedrático toledano, Dr. D. Antonio Palomeque

La editorial Teide ha publicado una «Historia de la civilización e instituciones hispánicas», obra de un ilustre toledano, el catedrático de la Universidad de Barcelona don Antonio Palomeque Torres.

Conocida es la personalidad del señor Palomeque, tanto en los cursos normales de la Universidad como en los extraordinarios de la Internacional de Verano, en los que hemos tenido el gusto de oírle en dos de los tres a que hemos asistido: el año anterior en Sitges y éste en la propia Universidad. Como recuerdo y admiración a su persona, quiero dar nota en periódico toledano de la publicación a que anteriormente he hecho referencia.

La «Historia» del señor Palomeque hace el número uno en la colección Hilani, que se publica bajo la dirección del catedrático Vicens Vives, de la misma Universidad.

Consta de 384 páginas y está dividida en 53 capítulos, que recogen toda la vida interna de España y su proyección americana, tanto en arte, organización social, como administración y economía.

Toda la obra está muy equilibrada, interesándonos

por ello mucho la última parte, que generalmente suele quedar menos elaborada, igualmente como la parte americana, que se presenta muy ajustada.

Editorialmente nos parece un éxito, llevando en el formato la elegancia de un libro inglés, encuadernado en tela. Fuera de texto va ilustrada con XIX láminas, todas de arte fundamentalmente bien elegidas, resultando una antología de arte español desde el sepulcro de los Leones, romano, hasta la casa Milá, de Gaudí.

Conocíamos la personalidad del señor Palomeque como investigador, profesor y conferenciante, pero nos era menos familiar como autor de una obra de síntesis, que son las más útiles, difíciles y no tan apreciadas como es menester. Llevados del afán de decir lo último o algo desconocido, aunque interese poco, vamos despreciando estas obras que son básicas para, incluso, hacer investigadores con base, pues en el caso contrario la cultura de un país es una espuerta de hojas revueltas. Por esto nos ha interesado la obra que reseñamos y por el gusto de recordarla, fijando un dato más toledano en esta publicación toledana.

G. TÉLLEZ



EXCMO. AYUNTAMIENTO
DE
TOLEDO

Comisión Municipal de Arte

Concurso de artículos periodísticos y trabajos radiofónicos

El Excmo. Ayuntamiento de Toledo, queriendo premiar y estimular los trabajos dedicados en la Prensa o en las emisiones radiofónicas nacionales e internacionales a exaltar a esta Ciudad Imperial en cualquiera de los aspectos que la glorifican, abre un Concurso para discernir las recompensas con arreglo a las siguientes

B A S E S

- Primera.*—Se otorgará un premio de cinco mil pesetas al mejor artículo que durante el período de tiempo comprendido desde el día 30 de septiembre del año en curso al 31 de agosto del año 1954 se publique en la Prensa nacional española, bien en diarios y revistas o en cualquier otra publicación periódica importante, enalteciendo los valores histórico-artísticos o los hechos gloriosos tradicionales o contemporáneos de Toledo; o a la mejor audición española, sea guión, reportaje o «Trayler», dedicado a dichas finalidades.
- Segunda.*—Se otorgará otro premio de cinco mil pesetas al mejor artículo publicado en la Prensa extranjera o de Hispanoamérica, sea en diarios o revistas, o a la mejor audición radiofónica por cualquier emisora extranjera o hispanoamericana en guión, reportaje o «Trayler», con el mismo sentido y fines indicados en la base anterior.
- Tercera.*—Los trabajos de la Prensa nacional, extranjera o hispanoamericana que se presenten a este Concurso, serán acreditados por sus autores con un ejemplar del diario, revista u otra publicación importante donde se insertaron, y enviados a la Secretaría de este Excmo. Ayuntamiento, con constancia de la residencia y domicilio del autor, hasta el **día 30 de junio de 1954**. Los trabajos publicados sin firma vendrán acompañados del nombre y domicilio de sus autores.
- Cuarta.*—Los originales transmitidos por emisoras radiofónicas nacionales, extranjeras o hispanoamericanas, vendrán acompañados de certificados de los directores de las respectivas emisoras que acrediten el haber sido radiados y el día y la hora de su radiación, serán enviados también a la Secretaría del Excmo. Ayuntamiento, con constancia del nombre, residencia y domicilio del autor, hasta la fecha indicada en la base precedente. Podrán acompañar a estos envíos cintas e hilos magnetofónicos de las audiciones correspondientes.
- Quinta.*—Un Jurado competente designado por el Excmo. Ayuntamiento calificará los trabajos presentados de Prensa y Radio y propondrá los que estime merecedores de los premios.
- Sexta.*—Los premios podrán ser declarados desiertos si los trabajos presentados no fueran de mérito absoluto, a juicio del Jurado, el fallo del cual será inapelable.

Toledo, 30 de septiembre de 1953.

EL PRESIDENTE DE LA COMISIÓN MUNICIPAL DE ARTE,

E. Abel de la Cruz

LISTA DE SOCIOS

(Al terminar el año 1953)

Protectores

EXCMO. SR. GOBERNADOR CIVIL.
 ILMO. SR. ALCALDE PRESIDENTE DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO.
 EXCMA. SRA. DUQUESA DE LERMA.

Ausentes

Excmo. Sr. D. Gregorio Marañón.
 » » Conde de Casal.
 Excma. Sra. Marquesa de Aguilar de Campóo.
 Barroso, Víctor.
 Calvo Garrido, Pedro.
 Camarasa, Santiago.
 Delgado Mellado, Antonio.
 Gómez Camarero, Adoración.
 Guerrero Torres, Inocencio.
 Jiménez de Gregorio, Fernando.
 Martín Robles, Julián.
 Martínez de la Rivas, Carmen.
 Miner Otamendi, José Manuel.
 Muncharaz Martín, Félix.
 Ortiz Dou, Angel.
 Sanz Ruano, Pedro.
 Peñalosa E. Infantes, Benita.

Residentes en Toledo

Abel de la Cruz, Emilio.
 Acevedo Illana, Julio.
 Aguilar Navarro, Angel.
 Aguilera Sánchez, Félix.
 Alba González, Emilia.
 Albo Pascual, Antonio.
 Alfaro Páramo, José.
 Alonso Barajas, Fernando.
 Alonso Barrios, Remigio.
 Alonso Sánchez, José María.
 Allué Morer, Fernando.
 Amusco Padrós, Tomás.
 Amusco Millas, Eduardo.
 Arce Aguado, Ruperto de.
 Ariz Galindo, Román.
 Ayuso Pérez, Miguel.

Bacheti Brun, Alfonso.
 Baeza Sánchez, Leonardo.
 Bardón Fernández, Antonio.
 Bargaño Ontalba, Rafael.
 Béjar Durante, Cecilio.
 Beviá Díaz, Félix.

Blanco Fernández, Evodio.
 Bouso Martín-Urda, Juan.
 Brasal Cruz, Victoriano.
 Breña Aparicio, Adolfo.
 Bueno Benito, Saturnino.

Calderón Muñoz, Justiniano.
 Calvo Gil, Enrique.
 Camarero García, Tomás.
 Campos Alonso, Fernando.
 Campos Alonso, Ricardo.
 Canosa Simón, Antonio.
 Cardeña Puebla, Santiago.
 Carrasco Areal, Rafael.
 Carrillo Rojas, Luis.
 Castaños Fernández, Emiliano.
 Casteleiro Fontán, Manuel.
 Castro Gil, José de.
 Castro Herrero, J. L. Sandalio de.
 Cebrián Ordoñana, Eladio.
 Cirujano Robledo, Santos María.
 Clamagirand Jiménez, Amadeo.
 Conde Gutiérrez, Nicolás.
 Conde Torrejón, Valentín.
 Corral Balmaseda, Julián.
 Criado Ocejo, Juan.
 Criado del Vado, Julián.
 Cruz Martínez, Juan de la.
 Cuadra Corral, Francisco de la.

Chacón, Juan.

Delgado Vergara, Rodrigo.
 Díaz Aguilar, Manuel.
 Díaz Aguilar, Valentín.
 Díaz-Marta Martín, Gregorio.
 Díaz Pérez-Grueso, Leonardo.
 Díaz Sanz, Máximo.

Encinas Núñez, Antonio.
 Espejo García, Fernando.
 Esteban Infantes, José Manuel.
 Esteban Ramos, Mariano.

Fernández Calvo, Tertulino.
 Fernández Contreras, Emiliano.
 Fernández Contreras, Santiago.
 Fernández Fraile, Armando.
 Fernández Franco, Daniel.
 Fernández García Donas, Julián.
 Fernández Moraleda, Cipriano.
 Fernández Moreno, Francisco.
 Ferrero García, Emiliano.
 Flor Pérez, Leandro de la.
 Flores Mandado, Emilio.
 Flores Mandado, Francisco.
 «Foto Estudio», Molina.
 Font Maymó, Juan.

Galiano Martínez, Jesús.
 Galván Ramírez, Jesús María.
 Gálvez Martín-Cleto, Emilio.
 Ganado García, Agustín.
 García Calvo, Lorenzo.
 García García, Antonio.
 García García, Claudio.
 García García, José.
 García García, José Emilio.
 García Hernández, Isabelo.
 García Pardo, María Luisa.
 García Lomas, Leandro.
 García Manzano, Pablo.
 García Martínez, Pablo.
 García Ochoa, Francisco.
 García Pardo, Francisco.
 García Parra, Aurelio.
 García Rodríguez, Emilio.
 García Rodríguez, Inocente.
 García Rojas, Mariano.
 García Tapetado, Eduardo.
 García Viana, Francisco.
 García Viana, José.
 García Zamorano, Antonio.
 Garrido González, Mariano.
 Garrido Muñoz, Fernando.
 Gómez Dorado, Eugenio.
 Gómez Gómez, Inocente.
 Gómez-Menor Fuentes, Rafael.
 Gómez-Menor Ortega, Rafael.
 Gómez Oliveros, José María.
 Gómez Manzanilla, Víctor.
 Gómez Prieto, José.
 Gómez de Salazar Nieto, M.^a Angela.
 González Ampudia, Antonio.
 González Carpio, Román.
 González Franco, Saturnino.
 González García, Benigno.
 González Rico, Alfredo.
 González Villalba, Mariano.
 Gullón Martínez Grande, Eutiquiano.
 Guerrero de la Cruz, Manuel.
 Gutiérrez Criado, Aurelio.
 Gutiérrez Gómez, Luciano.
 Gutiérrez de Miguel, Mariano.
 Heredero Sancho, Esperanza.
 Hernández Casanova, José.
 Hernández Peironcely, Francisco.
 Hernández Toledo, Francisco.
 Herrada Martín, Dionisio.
 Herrera Conde, José.
 Hidalgo Santos, Isidro.
 Hipólito Lancha, Fernando.
 Hurtado del Valle, María del Pilar.

Jerez Sánchez-Cabezudo, Raimundo.
 Jimena Herreros, Tomás.
 Jiménez Conesa, José.
 Jiménez Martín, Julio.
 Jiménez Martín, Mariano.
 Jiménez Moreno, Francisco.
 Jiménez Paúl, Miguel.
 Jiménez Peñalosa, Juan.
 Jiménez Zapata, Rafael.

Labrado Escobar, Guillermo.
 Labrado Ovejero, Germán.
 Laguna Llordén, Eliseo.
 Lahera Moraleda, Emilio.
 Lancha Jiménez, Julián.
 Lanza Morales, Manuel.
 Ledesma Navarro, Gabriel.
 Letamendía Moure, Carlos.
 Lillo García-Cano, Javier.
 Loaisa Pérez, Cruz.
 López Gómez, Jesús.
 López Granullaque, Fernando.
 López González, Máximo.
 López Gutiérrez, Pedro Manuel.
 López Fando, Mariano.
 López Ruiz, Doroteo.
 Lorente Sánchez, Jocundiano.
 Losada Pérez, Antonio.
 Lozoya Eymar, Dolores.
 Lozoya Eymar, José.

Maeso Martín, Antonio.
 Mansilla, José María.
 Manso Fernández-Serrano, Luis.
 Manzanares Alvarez, Fernando.
 Manzanares Espinosa, Fernando.
 Marchante Alonso, Carlos.
 Marín Jiménez-Ridruejo, Andrés.
 Marín Jiménez-Ridruejo, Carlos.
 Marín Marín, Andrés.
Marín Martín, Andrés,

Excmo. Sr. Gobernador Civil.
 Martín Aguado, Bonifacio.
 Martín Albarrán, Juan.
 Martín Bermejo, Vicente.
 Martín Forero, Vicente.
 Martín Miró, Manuel.
 Martín Pintado-Ureña, Manuel.
 Martín Pretolino, José.
 Martín Pretolino, Julio.
 Martín Robles, Joaquín.
 Martín Tordesilla, Ramón.
 Martínez de Cepeda, Vicente.

Martínez Gómez, Aureliano.
 Mendrano del Val, José.
 Mesa Alonso de, Jerónimo.
 Miranda Calvo, Rufino.
 Molina Brumen, Eladio.
 Montero López, Alejandro.
 Montero López, Julián.
 Montero Martínez, Juan.
 Montero Martínez, José.
 Morcillo Herrera, Jerónimo.
Moreno Díaz, Angel,
ltmo. Sr. Alcalde.
 Moreno Díaz, Santos.
 Moro Linares, Eduarda.
 Moro Linares, María Cruz.
 Muñoz Blanco, José.
 Muñoz de la Quintana, Eduarda.

Navarro Rojas, José.
 Niveiro García-Lago, Isidoro.
 Nogales Sánchez, Ramón.
 Núñez López, José María.
 Ortega García Frutos, María Teresa.
 Ortega López, Domingo.
 Ortega López, Pablo.

Palencia Flores, Clemente.
 Pantoja Renilla, Miguel.
 Pascual Martín, Julio.
 Pastor Gómez, José.
 Payo Subiza, Gonzalo.
 Pedraza Rodríguez, Cecilia.
 Peña Fernández, Esteban.
 Perea Torralba, Macario.
 Pérez Casero, Mariano Enrique.
 Pérez García, Eugenio.
 Perezagua Jiménez, Jesús.
 Pérez Ferrer, Teodosio.
 Pérez de Juana, Manuel.
 Pérez Leria, Manuel.
 Pérez Montes, Marciano.
 Pérez Pérez Regadera, Felipe.
 Pintado Martín, Pedro.
 Pomeda Varela, Alejandro.
 Postigo Ruiz, Enrique.
 Potenciano Sánchez, Nemesio.
 Puente Fuente, Indalecio de la.
 Quijorna Dueñas, Esteban.
 Quismondo, Vicente.
 Quismondo Martín, María.

Ramírez González, Florentino.
 Reaño, Manuel.
 Redondo Redondo, Francisco.

Relanzón García Criado, José.
 Repiso Ramírez, Jesús.
 Revenga Salamanca, Máximo.
 Rico Balmaseda, Emilio.
 Riera Vidal, Pedro.
 Río Tordera, Fernando del.
 Ríos Buch, Julio de los.
 Rivera Recio, Juan Francisco.
 Rodríguez Dorado, José.
 Rodríguez.—Fotografía.
 Rodríguez Garrido, Luis.
 Roig Alvarez, Amadeo.
 Rojo Carrillo, Luis.
 Romero Carrión, Manuel.
 Romero Escobar, Manuel.
 Ruiz García de Blas, José María.
 Ruiz de los Paños, José.
 Ruiz Rodríguez, Jenaro.

Sánchez Beato, Marciano.
 Sánchez Briones, Bienvenido.
 Sánchez Delgado, Evaristo Lucas.
 Sánchez García-Mora, Virgilio.
 Sánchez Moraleda, Celestino.
 Sánchez Palencia Calvo, Antonio.
 Sánchez Herrera, Socorro.
 Sánchez Pedraza, Alejandro Luis.
 Sánchez Villaluenga, Julio.
 Sánchez Zaragoza, Juan José.
 San Román Moreno, Julio.
 Serrano Camarasa, Florentino.
 Serrano López, Luis.
 Serrano Rubio, Mariano.
 Serrano Varona, Jacinto.
 Serrano Vivar, Luis.
 Sixto Planas, Alfredo.
 Suañas, Concepción.

Téllez González, Guillermo.
 Toledano Bonilla, Pedro.
 Torres Ariza, Julián.

Veloso Puig, Enrique.
 Vera Sales, Enrique.
 Vidal Soler, Jaime.
 Villalba Pérez, Rafael.
 Villacañas, Juan Antonio.
 Villagómez Rodil, Alfonso.
 Villarroel Bautista, Gregorio.
 Vinader Corrochano, José.
 Viñuelas Escudero, Francisco.
 Viñuelas Escudero, Luis.

Yepes Arroyo, Dominga.
 Zarco Moreno, Francisco.



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

